

amaSOSnas



pabloporras.com



A la región de la triple frontera entre Colombia, Perú y Brasil llegan diariamente cientos de visitantes que después de algunos días recorriendo los lugares turísticos se van con una visión equívoca de la realidad del «gran pulmón del mundo».

Pasamos de intercambiar mercancías por hospedaje en la Edad Media a contemplar el desarrollo exponencial de «la industria sin chimeneas» entre los años 1950 a 1990. Creo que a Thomas Cook —considerado el padre del turismo— no le gustaría ver el panorama del Amazonas hoy: el ecoturismo llevó a la gentrificación de las comunidades, poblados y ciudades del Amazonas, que se volcaron directamente hacia la luz del «progreso» debido a la masificación del turismo que se constituyó en su única fuente de ingresos.

Yo quería conocer de cerca esa realidad y para ello me embarqué —literalmente— en una travesía de veintidós días, durante los cuales utilicé las diferentes posibilidades de transporte fluvial para visitar algunas de las comunidades intermedias entre Iquitos y Leticia. En este viaje pude apreciar, de primera mano y sin censura, la sobreexplotación a la que es sometida la región amazónica y el pésimo manejo ambiental que se le da al río Amazonas y sus afluentes para satisfacer las crecientes necesidades de los turistas y los pobladores ribereños que utilizan el gran río como su corredor natural de transporte.



Características del producto impreso:

328 páginas

517 fotografías

Pasta dura 23.5 x 16.5 cm

Papel Propalmate 150 gramos

Registro ISBN 978-628-01-4406-1

amaSOSnas



pablorras.com

FRENTE AL AGUA

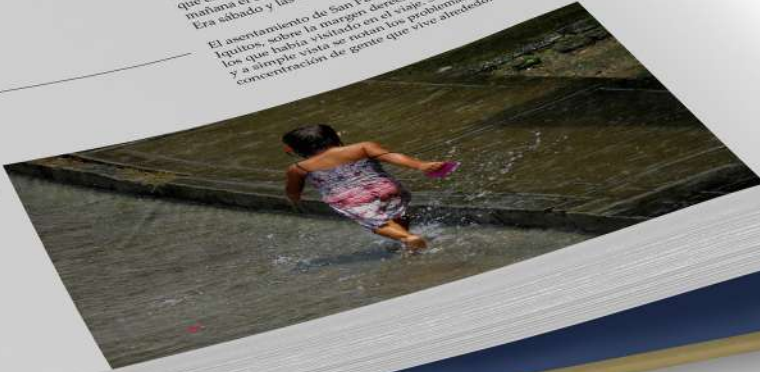


Las vistas en las costas británicas
fueron muy interesantes y nuevas.
Pero ya la experiencia de la vida
dentro y fuera del agua es el
factor decisivo de todos los
momentos que le habitarán.

118

En el hotel que mis compañeros del Charles I me recomendaron, el
buido eléctrico fue intermitente a lo largo de la noche, de tal manera
que el ventilador funcionaba solo por momentos. En las cinco de la
mañana el calor me expulsó de la habitación y decidí salir a caminar.
Era sábado y las calles estaban vacías.

El asentamiento de San Pablo de Loreto, ubicado a 209 millas de
Iquitos, sobre la margen derecha del río, es un poco más grande. Uno
lo que había visitado en el viaje San Pablo es un ejemplo de cómo
y a simple vista se notan los problemas generados por la gran
concentración de gente que vive alrededor del poblado.



121

VIVIR MACEDONIA

Había hablado telefónicamente con Elio Alvarado, un joven
indígena que a través de medios digitales promueve su
emprendimiento familiar desde la ciudad de Bogotá, donde
terminaba sus estudios de geografía en el Externado de Colombia. La
Misión Bartolina ubicada a 55 km de Leticia y a 17 km de Puerto
Nariño, es una de las comunidades más cercanas en la zona por su
trabajo en la elaboración de aromas de Macedonia.



Fue recibido en la misión por los padres de Elio, Eudocio Morán
Lora, de 55 años, y su esposa Susi Alvarado, de 60 años, quienes viven en
la zona urbana. La misión, que está en la céntrica zona de Leticia, es la
gran cantidad de bois del alimento, me acomodó en una sencilla
habitación de madera con cama, sillón y mesita, ubicada en la
parte alta de la colina, sobre la calle principal y con una vista
con vista al río de Leticia.

Se podría decir que en esta construcción de tres niveles el del río
es su punto de partida, el de la misión — que está a vista — y el
comedor, y más arriba el de las habitaciones. La misión funciona
como un espacio de encuentro y venta a sus clientes pequeños y locales
para exhibir aromas. Los cuartos están guardados en cajas y
cubiertos con plástico.

Desde Leticia me presenté a Arigó, un indígena parí, y a
Miguelo Mendi, un mestizo, quien me llevó en una moto ciclomotor
y me dio una muestra de cómo se prepara el alimento. Me dio un
pequeño aperitivo de comida local, con papas de tierra, queso,
postos y un poco de mango cortado que después al desahucarse
se le agregan los ingredientes — chiles, el fruto de una planta
aromática usada tradicionalmente por los indígenas para diferentes
de usos rituales, por ejemplo, según me explicó, para repeler los
mosquitos en la choza.

124



LA SBALETA SALVADORA

El día anterior, en uno de los puestos de comidas del malecón, bajo una ramada de unos seis metros de ancho por doce de largo, fabricada en madera —que estaba ya en muy mal estado— cubierta por tejas de zinc, había desayunado una especie de tamal peruano de arroz llamado juanes. Quería volver a comer en el mismo sitio, pero la entretenida charla con William, un pescador, me hizo cambiar de opinión y decidí ir con él a un puesto de comidas de la plaza, donde me decanté por un suculento caldo de sabaleta.

William — conocido en la zona como Rata sucia, un apodo heredado de un paramilitar amigo suyo ajusticiado a finales de los noventa— había llegado proveniente de San José del Guaviare hacía treinta y cinco años, en una travesía a canaleta, bajando por diversos caños y ríos. Ese día, llevaba un cargamento de pez mota y dorado de comienzo de temporada para distribuir en la plaza.



28



la agonía de un río

Tras el desayuno charlado que nos tomó media hora, me despedí para dirigirme a una de las salidas, donde entablé conversación con don Graciano Crespo, un mestizo hijo de madre indígena y padre de Chimichagua, Cesar, que cultivaba yuca, plátano y cilantro en una chagra de una hectárea en la vereda Zaragoza, a cuatro horas en peque-peque desde Leticia. Tenía el pómulo izquierdo rojizo e inflamado a causa de una muela sin atención, que no podía ser extraída hasta que los antibióticos no hicieran efecto sobre la infección. Don Graciano me señaló el gris cielo y con la experiencia de sus setenta años me indicó que no tardaría en empezar a llover. Estaba agradecido con las lluvias que, según dijo, terminarían en junio y habían sido beneficiosas para sus cultivos.

La volqueta municipal parqueó frente a nosotros. Traía una considerable cantidad de bolsas de basura que debían ser llevadas al relleno sanitario de Leticia. Bajo una incipiente llovizna, los vendedores comenzaron a llevar sus desechos hasta el vehículo.

El vaticinio de don Graciano se estaba cumpliendo: el aguacero llegó acompañado de un pequeño vendaval que derribó el techo de un local abandonado frente a la entrada inundada donde nos encontrábamos. Un par de gatos salieron despavoridos de su interior y minutos después llegaron los bomberos. Don Graciano me dijo que no entendía para que habían llegado con camillas. Los hombres empujaron la reja y la puerta sin resultado alguno. Diez minutos más tarde llegó el propietario del predio con las llaves y retiró el candado. Los bomberos verificaron que no había nadie en el interior y se marcharon.

Instantes después, una mujer que estaba a nuestro lado comenzó a hablar de la señora que se había partido el brazo con la caída del techo. Le dijimos que habíamos sido testigos presenciales del hecho y lo único que habíamos visto era la huida de los gatos. La sirena de una ambulancia nos dejó desconcertados. No entendíamos

29

EN EL AGUA SIN AGUA



Tomando cualquiera de las calles perpendiculares del mercado hacia el río, se llega a Belén Bajo, barrio conocido como la «Venecia de Suramérica». Allí, cientos de casas palafíticas sobre el río Itaya se levantan sobre gruesos maderos. La estructura de soporte, los pisos y las paredes también están hechas con bloques, listones y tablas de árboles aserrados de la selva.

Hamilton, uno de sus residentes, espera con ansias la época de verano para dedicarse a su pasión: la pesca. Como la mayoría de la gente en la zona, está dedicado al transporte informal, llevando a tierra firme a sus vecinos. Salimos en su bote a recorrer los diversos asentamientos, y pude observar que solo algunos de ellos tienen agua potable y sistema de conducción de aguas sanitarias. Pero cada día llegan más pobladores a la ciudad y una nueva casa es erigida a costa de un par de árboles y la inexorable entrega de las aguas residuales al río Itaya.

Muchos de los pobladores de Belén Bajo pescaban frente a sus casas. Saben que tienen dinero o comida bajo sus pies. Con delgadas varas sacan arencas y sardinas que luego llevan al mercado. Al lado, las mujeres lavaban ropa, y algunos otros tomaban su baño aprovechando un poco del sol dominical. Otros más departían en una discoteca flotante.

Puedo afirmar, con total certeza, que somos depredadores por naturaleza. Las agencias turísticas llevan a la gente a contemplar la esplendorosa belleza de la selva que unos cuantos pasos de los asentamientos está siendo arrasada para suplir la demanda de alimento y materiales. Extraemos reptiles, mamíferos, aves, peces, madera y tumbamos la selva para establecer cultivos, y a ella solo le entregamos nuestros desechos, que desafortunadamente cada vez son más plásticos, más cauchos, más metales y más sustancias químicas tóxicas. Transportar carga vía aérea cuesta un dólar y medio por kilo en Iquitos, una cifra muy alta para pensar en llevar a las grandes ciudades los residuos aprovechables.



o cualquiera de las calles perpendiculares del mercado río, se llega a Belén Bajo, barrio conocido como la «Venecia de Suramérica». Allí, cientos de casas palafíticas sobre el río Itaya se levantan sobre gruesos maderos. La estructura de soporte, los pisos y las paredes también están hechas con bloques, listones y tablas de árboles aserrados de la selva.

n, uno de sus residentes, espera con ansias la época de verano para dedicarse a su pasión: la pesca. Como la mayoría de la gente en la zona, está dedicado al transporte informal, llevando a tierra firme a sus vecinos. Salimos en su bote a recorrer los diversos asentamientos, y pude observar que solo algunos de ellos tienen agua potable y sistema de conducción de aguas sanitarias. Pero cada día llegan más pobladores a la ciudad y una nueva casa es erigida a costa de un par de árboles y la inexorable entrega de las aguas residuales al río Itaya.

de los pobladores de Belén Bajo pescaban frente a sus casas. Saben que tienen dinero o comida bajo sus pies. Con delgadas varas sacan arencas y sardinas que luego llevan al mercado. Al lado, las mujeres lavaban ropa, y algunos otros tomaban su baño aprovechando un poco del sol dominical. Otros más departían en una discoteca flotante.

firmar, con total certeza, que somos depredadores por naturaleza. Las agencias turísticas llevan a la gente a contemplar la esplendorosa belleza de la selva que unos cuantos pasos de los asentamientos está siendo arrasada para suplir la demanda de alimento y materiales. Extraemos reptiles, mamíferos, aves, peces, madera y tumbamos la selva para establecer cultivos, y a ella solo le entregamos nuestros desechos, que desafortunadamente cada vez son más plásticos, más cauchos, más metales y más sustancias químicas tóxicas. Transportar carga vía aérea cuesta un dólar y medio por kilo en Iquitos, una cifra muy alta para pensar en llevar a las grandes ciudades los residuos aprovechables.



la agonía de un río



Ya en el hotel, decidí que al día siguiente visitaría un proyecto de rescate de animales. El día amaneció lluvioso y tan pronto pude salir, pasadas las ocho de la mañana, me encaminé hacia donde mi proveedora de juanes para desayunar. Luego, siguiendo sus indicaciones —tomar el troncomóvil identificado con la ruta 60— llegué al Crea —Amazon Rescue Center—, localizado a catorce kilómetros de Iquitos por el único carreteable existente, que lo comunica con la ciudad de Nauta.

El trayecto en el troncomóvil tomó más de una hora debido a las constantes paradas para subir y bajar pasajeros. En el Centro nos atendió el guía Carlos Bartolo, que nos explicó que el dinero recaudado por los boletos de ingreso al centro se empleaba para mantener a flote el programa principal, el de rescate de manatíes, un mamífero acuático y herbívoro que puede vivir cincuenta años.

Carlos nos contó que las crías de manatí se toman semanalmente dos bolsas de leche formulada especialmente para ellas, pues son intolerantes a la lactosa, que el precio de cada bolsa es de 80 dólares y que en ese momento estaban cuidando de tres pequeños que eran alimentados con tetero por nodrizas humanas, practicantes voluntarios de especialidades como Biología y Medicina Veterinaria. Hice cuentas mentalmente...

El Crea es auspiciado científicamente por el Dallas World Aquarium y ostenta el récord de veinticinco liberaciones desde el año 2011. Mientras observábamos maravillados a los tres pequeños de menos de un metro de longitud que giraban en círculos en el llamado estanque de destete, Carlos nos dio un dato escalofriante: por cada ejemplar en cautiverio mueren por tráfico animal entre diez y quince manatíes.

Después de un año alimentados con tetero, las crías pasan a otro estanque más grande donde les enseñan a comer. Los manatíes comen plantas acuáticas hasta quedarse dormidos, y cuando despiertan sigue



El látex de Castilla y
Colombia en el pie
tala descontrolada
caucheros colombia
con esclavos y grup
sometidos por los p
en facilitarles a los i
dinamita, herramien
ellos debían suminis
entregada siempre e

Al comienzo, los int
el reducido tamaño
doscientas personas
como líder de su gr
de las zonas aleaña
del tiempo y movid
ejercer diversas form
vez cuotas más altas
puede ser comparac





amaSOSnas



pablorras.com

CIVILIZAR LA SELVA

Para poder llevar y recoger la carga de los diferentes clientes, la lancha va de puerto en puerto y de orilla a orilla entre los poblados. En algunos casos, tiene que remontar un poco el río y meterse por brazos del Amazonas para poder llevarles suministros a todas esas comunidades. Los nuevos pasajeros solo pueden ingresar hasta que el descargue se haya completado.

El intercambio comercial con las comunidades sobre la orilla del río es una oportunidad de rebusque para los vendedores de comida. En cada parada se suben innumerables personas a ofrecer económicos productos que van de un sol en adelante: frutas, juanes, pescado frito, refrescos embolsados, curichi de caimito, quesos, sandía, naranja pelada, mamey o pomarrosa brasilera, churros, pollo con arroz y bechú blanco, una especie de torta de harina de yuca. Infortunadamente, muchos pasajeros no están acostumbrados a usar las canecas plásticas de servicio que hay en cada piso y se deshacen de todo lo que les estorba por las ventanas de la lancha: residuos de comida, los panes que no consumieron, los vasos plásticos de la



Como parte de una estrategia personal para la posible recuperación y salvaguarda planificada del territorio amazónico, «amaSOSnas» se plantea al mismo tiempo como un libro documental o de crónica y como un producto didáctico que el viajero Pablo Porras espera sea compartido, de mano en mano, por cientos de lectores a través de las regiones y países que conforman el área hidrográfica de este maravilloso lugar de nuestro planeta.

La impactante belleza y la conmovedora fragilidad del vasto entorno natural del Amazonas contrastan con la desmedida proliferación de elementos contaminantes que, sin ninguna preocupación, han venido siendo arrojados al paisaje por la industria turística, alimentaria y del transporte durante más de cuatro décadas y cuya impronta avanza sin control por las entrañas de la selva.

Una vez leído, comparte este libro: todos podemos responder al llamado de ayuda del territorio amazónico y unirnos al clamor que se escucha entre el palpitante dominio de preciosos animales, incomparables selvas y comunidades ancestrales en riesgo.



amaSOSnas

